

# «Casandra», un intento de recuperación del Galdós teatral

Las Palmas. Juan I. García Garzón, enviado especial

Con carácter de estreno mundial y alharacas de acontecimiento cultural de primera magnitud, ayer se estrenó en el teatro Pérez Galdós, de Las Palmas de Gran Canaria, la adaptación que Francisco Nieva ha realizado de «Casandra», de Galdós, con dirección de José María Morera, e interpretada por María José Goyanes, Asunción Sancho, Guillermo Marín, María Jesús Sirvent, Juan Meseguer, Fernando Valverde, Julia Tejela, Sonsoles Benedicto, Juan Sala e Ignacio Martínez.

Del Galdós escritor de teatro se tiene una imagen algo desdibujada, oculta por la enorme talla del Galdós novelista. Las incursiones dramáticas galdosianas son casi tímidas, inseguras, como si el narrador no se sintiera capaz de lograr que los personajes vuelquen sus pasiones sobre el escenario al igual que lo hacen desde las páginas de sus novelas. Esa circunstancia y la desigual aceptación con que el público de su tiempo acogió el teatro de don Benito —hay que recordar, por ejemplo, el escándalo que, por motivos políticos, supuso el estreno de «Electra» en 1901— son algunas de las causas de que la producción dramática de Galdós aparezca, prácticamente, como algo desechable en el conjunto de la obra del gran escritor.

No obstante, a pesar de la falta de dominio de la escritura teatral, del envaramiento y el verbalismo que se advierte en sus piezas y de esas reducciones simplistas y cómodas que etiquetan a Galdós como un abanderado del realismo a machamartillo, en su teatro —y en sus novelas— hay algo más. Está un anticipo de lo que, años más tarde, Valle-Inclán bautizaría con el nombre de esperpento, existe un intento de ahondar en los íntimos resortes del alma humana en lucha con sus demonios; algo que le emparenta con autores como Strindberg e incluso Ibsen, como muy bien ha reparado Andrés Amorós.

Por esa vía discurre la recuperación del Galdós dramaturgo que ha llevado a cabo Francisco Nieva al realizar la versión de «Casandra», estrenada ayer en Las Palmas y que el próximo día 22 se presentará en el teatro Bellas Artes, de Madrid. La obra parte de la novela del mismo título que Galdós publicó en 1905. Su versión teatral fue estrenada por primera vez en 1910 por la compañía de Carmen Cobeña, y repuesta en 1935 por Ana Adamuz, en el teatro Español, de Madrid.

Con unos vagos paralelismos con la historia de «Casandra», la profetisa griega a cuya vida puso fin, por celos, Clitemnestra, esposa

de Agamenón, a quien también asesinó, la heroína galdosiana se alza en la obra como un ser libre y fuerte, no sujeto a intereses bastardos, frente a otro prototipo femenino, el de la despótica doña Juana, representante de un catolicismo huero e inquisitorial, que intenta comprar el cielo a base de limosnas y domina con mano férrea a su familia, compuesta por una galería de tipos que van desde el cínico vividor al noble título reciente metido en negocios agrícolas. Todos esperan como agua de mayo la muerte de la vieja y la herencia consiguiente.

Nieva señala que «no hay como los grandes realistas para ejercitarse con soltura en lo visionario. Mi fiel compenetración no ha tenido demasiado temor en la dosificación de esa parte algo visionaria, aunque ceñida siempre a un rigor psicológico absolutamente impuesto por los personajes». Así, Nieva ha introducido en su adaptación elementos que aparecían en la novela, pero no en la versión dramática de la misma, tales como una escena prólogo que corresponde al final del texto novelístico, con doña Juana ya muerta, dando así un saldo en el tiempo con respecto a la acción posterior. El adaptador ha tratado de remarcar los aspectos que pueden ser calificados como esperpénticos y demoniacos que contenía la obra de Galdós, aunque, principalmente en el primer acto, quede todavía demasiado verbalismo y una acción algo farragosa.

Por otra parte, la dirección de Morera, ajustada en exceso a esquemas naturalistas, no libera de sus calores escondidos, como tampoco los acentúa, la escenografía del propio Nieva —pesados muebles que componen los ambientes—. Los actores, entre los que sobresalen Asunción Sancho, como doña Juana; María José Goyanes, en el papel de Casandra, y Guillermo Marín, que da su talla de gran intérprete encarnando a Insúa, el administrador de la primera, componen sus tipos con matices realistas, correcto y algo envarados, sin dotarlos de la magia que reclamaba el texto, en especial por lo que respecta a Rogelio, marido de Casandra, un personaje quebradizo y alucinado, que interpreta Ignacio Martínez.

El público de Las Palmas, que aun hoy —yo fui testigo en un coloquio celebrado el día anterior al del estreno— discute con pasión si Galdós amaba o no la tierra canaria, aplaudió con ganas al terminar la función. Casandra puede ser un buen punto de arranque de la revisión de la obra de Galdós para el descubrimiento de ese otro don Benito que aquí se apunta, aunque es deseable que la empresa se aborde desde planteamientos más audaces.